



NUM. 40. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 7 DE OCTUBRE DE 1866.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, AÑO X. un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.



ecia bien el amigo á quien nos referíamos en la última revista de EL MUSEO; se ha aguado la feria, porque ha llovido en grande, y por ende, se han aguado las esperanzas de los industriales y comerciantes, que, aunque estamos en octubre, habían pensado hacer su agosto en Atocha. Lo sentimos por ellos, lo sentimos por la menuda turba infantil que alegremente invade aquel sitio, y lo sentimos, en fin, por esos otros niños, ya talludos, de ambos sexos, que allí concurren, y á quienes el Amor, unas veces positivo como el que nos pinta el señor Blasco en el *Jóven Telémaco*, otras espiritual, desinteresado, sirve de corredor en el mútuo comercio de afectos que allí establecen. Este mal puede remediarse con que la autoridad alargue el plazo de la terminacion de la feria y con que las nubes se levanten: en cambio, los labradores saltarán de contento, porque la abundante lluvia que ha caído es anuncio de una buena sementera y confirmacion del adagio *no hay mal que por bien no venga*.

Gran parte de la prensa de Europa se lamenta, con razon, de los enormes sacrificios y males de todo género que ocasiona esa especie de furor bélico de que se hallan poseidos algunos gobiernos extranjeros que, por lo visto, se proponen convertir esta parte del mundo en campo de batalla, arrebatando á las familias, á las artes, al comercio, á la ciencia y á la industria todos sus elementos de vida. Calculase que en el corto periodo de 23 años, esto es, de 1792 á 1815, perecieron en la guerra cinco millones de hombres, suma que de entonces acá se ha doblado. ¡Diez millones de hom-

bres muertos bárbaramente en poco mas de medio siglo, y en un siglo que quizá estaba destinado por su cultura y sus maravillosas conquistas en las artes de la paz á concluir para siempre con el reinado de la fuerza bruta! El ánimo se contrista profundamente, al considerar el inmenso caudal de vida y de riqueza sepultado en ese lago de sangre humana. Dos mil quinientos millones de reales emplea anualmente Inglaterra en el sosten de sus armamentos, dice el señor Benjumea en un razonado artículo; esta cantidad equivale á 100 reales por semana para cerca de quinientas mil familias, y bien aplicada podria resolver de hecho su insoluble cuestion del pauperismo. Pero por laudables que fuesen los deseos de Inglaterra, ¿qué adelantaria, mientras las demás naciones de Europa no procediesen de comun acuerdo en esta cuestion, acaso la mas grave é importante de todas las que preocupan á los hombres de Estado?

Mientras la situacion de Alemania, aunque delicada y llena de complicaciones, parece ser mas tranquilizadora que dias atrás, la nueva cuestion de Oriente adquiere proporciones no muy del gusto de la sublime Puerta, cuya confianza es un tanto exagerada, en vista no solo de las raices que la insurreccion tiene, sino de los hechos mismos. Samos, la Albania, el Epiro y otras comarcas se declaran por los insurgentes, y puede preverse que los que ya han tomado las armas arrastrarán á los que aun vacilan. El gobierno de Constantinopla ha protestado, por medio de su agente en Atenas, contra la actitud del gobierno helénico, y apoyado, al parecer, por Francia é Inglaterra, amenaza romper sus relaciones con Grecia. Y decimos al parecer, porque ni es probable que el imperio francés se coloque de una manera decidida al lado de la Puerta, ni la situacion de la Gran Bretaña es hoy la misma que en otros tiempos. Veremos, con todo, quién acierta, porque en las cuestiones diplomáticas hay mucho de adivinacion ó acertijo.

Por de pronto, el virey de Egipto se inclina á hacer entrar mas de lleno á su pueblo en la sociedad que participa de la civilizacion europea, estableciendo el régimen constitucional y parlamentario. No es mal golpe para el gobierno turco.

Anúnciase, por fin, como resuelta la cuestion relativa al arreglo de la deuda veneciana, y á estas horas debe haberse firmado definitivamente el tratado de paz. Italia, sin embargo, atraviesa un período crítico,

que reclama la concentracion de todas sus fuerzas en las cuestiones interiores; pues la insurreccion del Mediodía, aunque vencible, le indica la necesidad de una conducta muy prudente y meditada.

Del otro lado del Océano, pocas nuevas de interés podemos ofrecer hoy á nuestros lectores. Los Estados Unidos, que tan prodigiosamente han sabido cicatrizar en el órden político las heridas de la última guerra, llevan á cabo con gran lentitud la obra de su pacificacion social. Las antiguas divisiones, enconadas por la reciente lucha, permanecen vivas aun, y tardarán en desaparecer por completo. Por esto no nos sorprende el contraste que forma la tentativa de asesinato del presidente Johnson en Indianópolis, cuando se disponia á arengar al pueblo desde el balcon de la casa donde paraba, con las ovaciones estremadas sobre toda ponderacion de que ha sido objeto en otros Estados. No obstante, se dice que Johnson, desoyendo todo espíritu de pasion y de venganza, intenta poner en libertad á Jefferson Davis, aunque se duda que éste lo acepte, si ha de ser á condicion de espatriarse.

En cuanto á lo que particularmente nos interesa en América, á menudo vemos repetida la noticia de una posible avenencia entre nuestra nacion y Chile y el Perú. Habiendo aceptado España la interposicion de los buenos oficios de Francia é Inglaterra para un arreglo decoroso, es de creer que una paz mas duradera que las anteriores, conveniente para todos y basada en el conocimiento y mútuo respeto de los pueblos que han intervenido en la contienda, ponga término á una situacion para todos desagradable.

Nuestra escuadra del Pacífico, que tan alto ha sabido colocar el pabellon español, era esperada con impaciencia en Manila, para donde debia salir desde Otaiti el 17 de julio. En estas islas fueron recibidos aquellos intrépidos y sufridos marinos con la mayor cordialidad, por parte de las autoridades francesas, que procuraron aliviar su situacion, especialmente respecto de los heridos, algunos de los cuales habian fallecido en su penosa travesía desde el Callao. Dificilmente puede presentar pueblo alguno una expedicion tan gloriosa como la que aquella escuadrilla ha llevado á cabo, por las singulares circunstancias que en ella han concurrido. España, que mas es nacion marítima que propiamente continental, tanto por su historia y tradiciones, cuanto por su posicion geográfica y sus intereses en América y Asia, debe atender con particular cui-

dado al prudente y bien meditado fomento de su marina.

En varios departamentos del vecino imperio han ocurrido inundaciones que han llegado á adquirir, especialmente en París y otros puntos, terribles proporciones, ocasionando desgracias y pérdidas sin cuento.

También las últimas lluvias han producido en muchos pueblos de España, entre ellos Barcelona, y en parte de los ferro-carriles de Cataluña, Aragón y Valencia, notables daños.

La corte ha regresado ya de su expedición veraniega y comienzan á verificarlo también las muchas familias que tienen la costumbre de abandonar la coronada villa en los meses de verano, con lo cual principia á notarse cierta animación en todos los círculos.

La *Gaceta* del miércoles publicó un real decreto, declarando terminada la legislatura de 1865 á 66.

Ernesto Rossi tomó parte en la representación de *Francesca di Rimini*, que se verificó en el liceo Piquer, recibiendo una magnífica ovación de aquella escogida concurrencia, y de mano de los señores de Piquer una corona de laurel y espigas de oro, y otra de rosas y pensamientos.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

VENTURA RUIZ AGUILERA.

LOS VENTISQUEROS DE SUIZA.

Todos los bloques de las moranas superficiales y terminales conservan su forma original después de haber sido transportados lentamente á la superficie del ventisquero. Las aretas de estos bloques están vivas, por decirlo así, y sus ángulos son agudos como en el momento en que han caído sobre el hielo. No presentan esas huellas del roce que se observan en las piedras arrastradas y redondeadas por la acción de las aguas. Se pueden desprender de estos bloques bonitos grupos de cristales tan intactos como en su lecho primitivo, porque, exceptuando la primera caída que los ha precipitado sobre el ventisquero, estas masas no han estado sometidas á ninguna violencia. Solo los agentes atmosféricos pueden demolerlas ó degradarlas; así los bloques compuestos de rocas duras y resistentes, conservan frecuentemente las dimensiones colosales de que hemos hablado.

No sucede lo mismo con los fragmentos que no forman parte de las moranas superficiales. Las paredes laterales de los ventisqueros no están en contacto inmediato con los flancos del valle; casi siempre existe un pequeño intervalo entre ellos; un gran número de bloques y de fragmentos avanzan entre este muro de hielo y las rocas que éste va alisando; algunos quedan suspendidos en este intervalo, otros ganan poco á poco la superficie interior del ventisquero y forman la morana que Mr. Martins llama profunda. A estos bloques viene á unirse una parte de los que caen en las numerosas hendiduras y en los pozos que tanto temen los viajeros novicios. Todos estos restos enclavados entre la roca y el ventisquero, estrechados y triturados por esta máquina incesantemente en actividad, no conservan las dimensiones que tenían al desprenderse de las montañas. La mayor parte quedan reducidos á un largo impalpable, que mezclado con el agua que se desprende del ventisquero, forman la capa de barro sobre que descansa. Los otros conservan las huellas indelebiles de la presión á que han estado sometidos. Todos sus ángulos se embotan, todas sus aretas desaparecen y toman la forma de guijarros redondeados, ó presentan las facetas desiguales que resultan de un roce prolongado. Si la roca es blanda, como lo son las calcáreas, entonces no sólo se redondea el guijarro, sino que ofrece una serie de rayas que se cruzan en todos sentidos. Estos guijarros rayados tienen una gran importancia para el estudio de la antigua extensión de los ventisqueros; son medallas ya gastadas cuya presencia indica de un modo casi cierto la existencia anterior de un ventisquero que ha desaparecido. En efecto, sólo el ventisquero tiene poder para dar forma, gastar y rayar así estos guijarros; el agua los pule y redondea, pero no los raya; lejos de eso el agua borra las rayas grabadas por el ventisquero. Este hecho puede comprobarse al pie de los ventisqueros del Grindelwald. A 300 metros de la parte escarpada que le termina, los torrentes que salen de él no arrastran más que guijarros redondeados, pero lisos y completamente desprovistos de rayas. Mr. Martins dice, que se ha cerciorado de ello del modo más positivo, y Mr. Collomb ha resuelto la cuestión de un modo experimental; ha cogido guijarros rayados por los ventisqueros y los ha colocado con arena y agua en un cilindro horizontal al que se le imprimía un movimiento de quince vueltas sólo por minuto; al cabo de veinte y cuatro horas, habían desaparecido todas las rayas. Por esta razón sería en vano buscarlas en los guijarros arrastrados por los torrentes más violentos, ó en los que el flujo y el reflujo del mar agita sin cesar, echándolos sobre la arena de la playa para llevarlos de nuevo al mar.

Gracias á estas señales, se podrá demostrar fácilmente la extensión que los ventisqueros han tenido en

otro tiempo, sin que por eso podamos darnos cuenta de las perturbaciones meteorológicas que los han acompañado, porque en un estudio que sólo cuenta algunos años, no se puede haber reunido ya un número suficiente de hechos para elevarse á la causa de este fenómeno. Sólo se puede afirmar que este desarrollo prodigioso de los mares de hielo sería imposible en las condiciones climáticas actuales, y que supone necesariamente un descenso notable en la temperatura y, por consiguiente, un clima diferente del que reina ahora en Europa.

Para dar una idea de la extensión que los ventisqueros tenían en otro tiempo, transportémonos á Montanvert, á 830 metros más arriba del lugar de Chamonix. El Mar de Hielo está á nuestros pies, descendiendo de los vastos circos del jardín y de la aguja del Gigante, Atravesando el punto llamado *Les Ponts* y la morana lateral izquierda, se llega hasta el promontorio del Angle. Toda la superficie de este promontorio está, por decirlo así, pulimentada y rayada tanto por la parte superior como por la inferior del ventisquero. Es fácil cerciorarse de ello, mirando entre el hielo y la pared de granito. Si llevamos este exámen más lejos, veremos que las rocas están pulimentadas y rayadas hasta una gran altura, y que los vestigios de la acción del ventisquero no cesan hasta llegar al pie de las altas agujas que le dominan. Ahora bien, las rayas que el hielo ha hecho abajo, son idénticas á las que se hallan á 300 metros más arriba de nuestras cabezas, y por lo tanto, podemos deducir de ello que el espesor del ventisquero era en otro tiempo mayor que es hoy; pero si su espesor era mayor, su longitud lo era también, porque existe una relación necesaria entre las tres dimensiones de un ventisquero. Así pues, la morana terminal, en lugar de estar en la aldea de Bois á 3 kilómetros más arriba de Chamonix, se encontraba entonces mucho más lejos. Se ve, por lo tanto, que sin dejar la superficie del ventisquero actual, se puede adquirir la certeza de que su extensión era en otro tiempo más considerable que en nuestros días.

En lugar de detenerse como el ventisquero al pie de la montaña de Chapeau, la morana lateral derecha se prolonga en forma de dique inmenso que cierra el valle de Chamonix y tiene la aldea de Lavangi. El Arve se ha abierto un paso estrecho entre este dique y el reverso septentrional del valle. Para trazar el camino ha sido necesario hacer ciertas obras que han permitido cerciorarse de que se compone de arena, de guijarros y de grandes bloques angulosos amontonados confusamente unos sobre otros como en las moranas actuales. Este dique es la antigua morana lateral del Mar de Hielo, pero el bosque que la cubre prueba que desde hace mucho tiempo la superficie del ventisquero ha bajado hasta el nivel en que la vemos en la actualidad. Ya Saussure había reconocido la existencia de esta antigua morana, que se revela con una evidencia que no podrían negar ni aun los espíritus más prevenidos en contra. Se extiende subiendo el valle hasta la aldea de Iles á 2 kilómetros del pueblo de Argentière. El Arve, cortado en su curso por la morana de Lavangi, formaba en otro tiempo un lago cuyos niveles sucesivos están aun indicados por terrazas horizontales que se hallan á ambos lados del curso del torrente.

Desde lo alto de esta morana, el observador puede reconocer en el valle la antigua morana terminal del Mar de Hielo en la época de su menor extensión. La forma de esta morana es característica; es la de un arco cuya concavidad se halla vuelta hacia la parte superior del valle. El lugar de Chamonix está edificado en parte sobre esta morana y á espensas de los bloques erráticos que la componen.

Se dirá, tal vez, que es más natural suponer que estos bloques erráticos han descendido de Brevent, cuyos hundimientos amenazan continuamente al pueblo de Chamonix, que creer que provienen de la morana de Chamonix y que han sido depositados allí por el Mar de Hielo, pero la contestación á esto es muy fácil. El Brevent es una montaña de gneiss, y la casi totalidad de los bloques de la morana son de protogina, especie de granito característico que constituye la masa del Mont Blanc y la de las agujas que le rodean.

No nos detendremos á probar la extensión que tenían los otros ventisqueros en la antigüedad; únicamente diremos, que todos ellos presentan indicios evidentes de que en otro tiempo ocupaban un espacio mucho mayor. El del Rhin, por ejemplo, menos estudiado que los demás, ocupaba toda la cuenca del lago de Constanza y se extendía hasta las partes limítrofes de la Alemania.

Así, pues, durante el período de frío que precedió á la aparición del hombre sobre la tierra, la Suiza era un vasto mar de hielo, cuyas raíces llegaban hasta los altos valles de los Alpes, mientras que su parte escarpada terminal se apoyaba en el Jura. Los del reverso meridional del Mont Blanc se reunían para formar el ventisquero del valle de Aosta. Su morana terminal se eleva como un dique gigantesco en las cercanías de la villa de Ivrea; es la *Serra* del Piemonte. La mayor parte de los lagos de la alta Italia deben su existencia á las moranas frontales de estos grandes ventisqueros; obstruyendo el curso de los ríos, los han obligado á estenderse en forma de sábanas líquidas. Entre las mo-

ranas más evidentes, deben citarse los tres arcos concéntricos que circunscriben la estremidad del lago Mayor cerca de Sesto-Calende y las del lago de Garda, que no están menos caracterizadas en las cercanías de Desenzano y de Peschiera.

Cuando la imaginación se representa todos los países de alrededor de los Alpes sepultados bajo el hielo á una distancia de muchos miriámetros, tiembla, por decirlo así, á la idea del frío terrible que supone este desarrollo prodigioso de los ventisqueros alpinos. Parece que los climas de la Siberia no presentan nada bastante riguroso para explicar la existencia permanente de este manto de hielo extendido sobre países que gozan al presente un clima templado. Estas ideas, sin embargo, son exageradas; lo que hemos dicho acerca de la transformación de la nieve en hielo por las fusiones y congelaciones repetidas, debe hacer comprender que sería imposible que hubiera ventisqueros con un clima de un rigor estremado, tal como el del Norte de la Siberia.

El clima que ha favorecido este desarrollo prodigioso de los ventisqueros no tiene nada que sea desconocido para nosotros; es el clima de Upsal, de Stockolmo, de Christiania y de la parte septentrional de la América en el Estado de Nueva-York. Los geólogos, que no vacilan en elevar de 10 á 12° las temperaturas medias de las zonas frías ó templadas, para explicar la presencia en el seno de la tierra de plantas tropicales ó de animales de los países templados, no tendrían derecho á negar que ha podido haber causas en Suiza que han dado lugar á grandes cambios de temperatura. Si se concede que el clima de una parte del globo ha podido cambiar, es tan legítimo suponer que se ha enfriado como admitir que se ha calentado, y disminuir 4° la temperatura media de un país para explicar una de las revoluciones más grandes del globo, es desde luego una de las hipótesis menos atrevidas que se ha permitido la geología.

Discutir las causas que han producido esta variación de temperatura, indicar los cambios geológicos ó meteorológicos que han traído este largo período de frío, parece una tentativa demasiado prematura. Es preciso, ante todo, formar la carta de la antigua extensión de los ventisqueros, que apenas está bosquejada con respecto á los Alpes, los Vosges y las montañas de Escocia. Moranas antiguas existen en los Pirineos, en el Altai, en el Cáucaso y en el Atlas, pero nadie ha tratado de la topografía de los ventisqueros que las han empujado hacia adelante. Suecia, Noruega, Dinamarca, Finlandia y el Norte de la América estaban cubiertas de grandes sábanas de hielo, cuyo límite meridional hay que determinar aun; por lo tanto, nada se puede decir de positivo sobre las causas de un fenómeno cuya extensión ignoramos todavía; esperamos, pues, que la ciencia moderna que ha resuelto ya tantas cuestiones difíciles, dará con el tiempo la explicación de ésta.

A.

VIAJE A MATAMOROS.

El 22 de octubre de 1863, salíamos de la bahía de la Habana, á bordo del bergantin *Esperanza*, con dirección á Matamoros.

El mar estaba arrugado, como estaria el rostro de Matusalem en los últimos años de su vida. Las nubes amenazaban desocupar sobre nosotros sus inmensas regaderas, y las traviesas olas, corriendo de un lado á otro, y salpicando en sus atrevidos saltos la farola del Morro, nos prometían un delicioso balanceo. El capitán Larrauri, de pie junto al timón y libre ya de la presencia del práctico, dirigía con voz gangosa la maniobra. Volaban en torno del aparejo muchas aves acuáticas trazando círculos en el aire, y al agitar sus largas alas parecía que nos saludaban cortesmente diciéndonos: «¡buen viaje!»

El viento era favorable y el bergantin cortaba el agua como vapor á toda máquina: poco á poco fuimos perdiendo de vista la capital de Cuba, con sus casas enanas, y sus pintorescas cercanías sembradas de palmeras. Algunas horas después, la costa se borraba del horizonte.

Todavía se me eriza el cabello y el estómago se inquietaba cuando vienen á mi memoria los detalles de aquella navegación de diez días. No se crea por esto que produce mi malestar el recuerdo de algún acontecimiento marítimo, de esos cuyo relato entretiene al lector, amigo de emociones fuertes; tengo el disgusto de no haberme encontrado jamás en un naufragio ó incendio en alta mar, lo que me priva del placer de referirlo; pero si bien no he experimentado tan desagradables sensaciones, he sufrido, en cambio, la terrible molestia del hambre, á bordo del bergantin vizcaíno (1) el *Esperanza*, del que era el único pasajero.

Servíase nuestra frugal comida sin manteles, sobre la mullida tabla, en una gran sarten que presentaba con ademán ceremonioso el cocinero, chino de lacia cabellera, y nos sentábamos alrededor de aquella sopa

(1) Me parece un pleonismo la palabra vizcaíno, para indicar la procedencia de aquel buque; todos la hubieran conocido al instante por la concordancia.

los individuos de la alta cámara, no sin escuchar diariamente los elogios con que el capitán nos ponderaba las excelencias de su cocina. Una salsa negra, que me recordaba la famosa de los lacedemonios y que nunca pude atravesar mi estómago, hacia las delicias del pipilo y del contra maestre, y era mirada con ojos envidiosos por la tripulación, que contemplaba todos los días asombrada el escandaloso festín con que nos regalábamos.

Por una delicada atención del capitán, me servían el agua en vaso, lujo desconocido en el *Esperanza*, y colocaban á mi lado una cuchara de cobre, que según supe después, solo veía la luz en las circunstancias más solemnes. A pesar de tan esmerado trato y de tan señaladas distinciones, mi ingrato estómago rehusaba toda clase de alimentos, y hubiera muerto de debilidad en medio de tanta abundancia, á no ser por algún pescado que tenía de cuando en cuando la amabilidad de caer en el anzuelo, para sostener de mis pérdidas fuerzas. En aquellos días angustiosos, comprendí la venta que hizo Esaú de su derecho de primogenitura; mis sueños eran pesadillas, en las que se presentaban á mi vista los platos más suculentos; veía los escaparates de Lhardy, me encontraba en las bodas de Camacho y en los festines de Lúculo, siempre acompañado del capitán Larrauri que era para mí el doctor Pedro Recio de Tirteafuera.

En cambio de aquellas incomodidades puramente físicas, y á manera de compensación, la sociedad del capitán era sumamente amena. Con dificultad entablaba conversación, pero al hacerlo, la amenizaba constantemente con los más autorizados desatinos. Solo había leído, aparte de los de su profesión, dos libros en su vida, el Bertoldo y no sé qué zarzuela; su criterio, no tratándose de las gaviotas ó de la escandalosa, era negativo. El piloto, honrado marinero, de seis pies de estatura, vivía en un continuo asombro, por el cargo honorífico que desempeñaba. Un día me habló de las dos zonas tórridas del Norte y del Sur, y habiéndole contestado que solo había una zona tórrida, me preguntó con admiración si había estudiado náutica; ocurrióme responder afirmativamente, y desde entonces disfruté la reputación de un Ciscar ó de un Churruca á bordo del *Esperanza*.

Los días resbalaban en tan agradable compañía, y ningún suceso particular interrumpía nuestra monótona existencia. El bergantín, pintado de almazarrón, cabeceaba con mucha gracia por el golfo de Méjico, y yo, sentado en la popa, me entretenía por lo regular en observar las nubes, deseando con impaciencia que se levantase alguna turbonada, siquiera por variar, y además, como he dicho un poco antes, por el placer de referirlo. Tal ha sido mi deseo de hacer esa terrible descripción, que al empezar este relato, tentado estuve de fingir un naufragio, del que nos hubiéramos librado en una balsa, comiéndonos al capitán y al cocinero, ó alimentándonos de tiburones y tortugas. Desgraciadamente, las turbonadas se convertían en chubascos, y las nubes, al afectar mil formas caprichosas, no se condensaban en suficiente cantidad para ofrecer un cómic borrascoso. Una tarde, á la postura del sol, se habían apiñado en todo el círculo extremo del horizonte dejando el centro enteramente despejado. Parecía un pueblo de gigantes asistiendo silencioso á un espectáculo: en la parte por donde el sol se ocultaba, debían hallarse los jefes, á juzgar por sus vistosos colores y encendidos penachos; en el límite contrario, la plebe se apiñaba confusa y numerosa. Mi vista recorría el ancho círculo, y en una de sus evoluciones tropezó con la figura del capitán Larrauri, desapareciendo la ilusión como por encanto.

Otro día, un aguilucho rendido de fatiga, vino á refugiarse entre el velamen, pidiendo hospitalidad en aquel desierto; media hora después se le estaba comiendo el contra maestre. Ese es el amparo que presta generalmente á los demás seres de la creación, el hombre, criatura sensible por excelencia, que ha dado en llamar feroces á algunos animales. Por si deseaba tomar apuntes, guardé una pluma del ave desdichada, prometiéndome utilizar como tinta el caldo que nos servía el cocinero. Por la tarde distinguimos una goleta dinamarquesa, y el capitán, creyendo que sería algún buque sorprendido por las calmas y necesitado de víveres, procuraba alejarse prudentemente, como transeunte á la vista de un mendigo; pero notando que la goleta se aproximaba, me dijo que no tendría inconveniente en facilitarla toda el agua que necesitase. Felizmente, el buque dinamarqués estaba más provisto que el *Esperanza*.

Confieso que á pesar de mi afición al mar, me aburría mucho en aquel viaje, por no tener á mi lado una persona con quien poder hablar razonablemente. Las distracciones eran tan escasas, que la pesca de un tiburón ó de un dorado, la aparición de una vela lejana, el acto de lanzar al agua la corredera, y los movimientos de la veleta, eran considerados á bordo como un acontecimiento. Una noche, bastante oscura por cierto, nos vimos rodeados de infinidad de tolinas ó cerdos marinos, que hendían la superficie de las aguas con extraordinaria velocidad, siguiendo el curso del bergantín; parecían culebras plateadas ó interminables, y en su carrera lanzaban una especie de silbido.

El mar estaba cubierto de luces fosfóricas y parecía que navegábamos sobre llamas. No recuerdo haber visto un espectáculo tan extraño.

¡Cuántas veces, en las horas de calma, hubiera deseado tener la fuerza del huracán en mis pulmones para hinchar las escurridas velas, que se movían de un lado á otro con ese ruido tan triste para el navegante! Cuando el viento es contrario, ó no sopla ni una ráfaga, la vida á bordo de un buque de vela tiene cierta semejanza con la de una prisión cuyo término no puede calcularse. Es tan corto el espacio de que puede disponer el hombre en medio de aquella inmensidad, que se siente una especie de desaliento, una convicción profunda de la debilidad humana, la cual solo desaparece ante el peligro.

El día 30 hubo en el barómetro un notable descenso, lo que según el capitán era extraño en aquellas latitudes; me anunció que tendríamos mal tiempo y cometí la imprudencia de manifestarle mi alegría; el honrado marino, acostumbrado á aquellas escenas, no podía sospechar que fuesen para mí desconocidas, y me contestó con aspereza. El horizonte se cubrió de oscuros nubarrones hacia el Noroeste y empezó á soplar un poco de viento, en vista de lo cual el capitán mandó aferrar velas con presteza, y tan á tiempo, que hubiera sido imposible pocos momentos después ejecutar la maniobra. Estremecía contemplar á los infelices marineros luchando sobre las vergas con la agitada lona, rechazados una y mil veces por sus violentas sacudidas; pero era bello observar la emulación y arrojo con que trabajaban en aquella elevación y la destreza con que lograban dominar el rebelde lienzo.

Las nubes avanzaron posesionándose de toda la bóveda visible, el viento empezó á mugir á lo lejos, y sus silbidos á aproximarse. En un instante crecieron las olas enormemente, la oscuridad fue aumentando, y el bergantín empezó á hacer cabriolas como si hubiera perdido el juicio. El capitán se colocó junto á la rueda del timón y el viento se desató en toda su violencia. Volábamos y nos sumergíamos alternativamente; en las fluctuaciones del oleaje, muchas veces, hundiéndonos en una sima de agua, me parecía que el bergantín iba á ser enterrado para siempre, pero flotábamos otra vez y aquella ilusión se repetía á cada instante. Las olas se paseaban magistrosamente sobre la cubierta, y yo, puesto en remojo, esperaba con curiosidad el final de aquella escena sujeto al palo de mesana. El capitán me señaló un extremo del horizonte, en cuyo límite se elevaba una especie de columna de color negruzco, cuyo remate se perdía entre las nubes; era un tromba. Mas al Norte, distinguimos otra de menores proporciones, al parecer, ó mejor dicho, solo veíamos la parte superior de la segunda manga, que parecía suspendida en el espacio. Indudablemente, hubiéramos corrido un riesgo no pequeño, si aquellas grandes masas de agua hubieran avanzado en dirección á nuestro buque ó reventado á la distancia en que se hallaban, pero el viento las arrastró en otro sentido con gran regocijo nuestro, haciéndolas desaparecer completamente.

Seis horas mortales permanecimos en aquella incómoda posición, y por primera vez después de dos años y medio de habitar en la Habana, tuve frío. La tenacidad del temporal empezaba á impacientarme y entre otras cosas la imposibilidad de tomar ninguna clase de alimento. Por fin, logramos proporcionarnos un pedazo de truchuela cruda, que saboreamos melancólicamente. A las once de la noche pude ganar el camarote, y rendido y sin fuerzas, me dejé caer sobre la litera, no sin haber rodado varias veces por el suelo.

El día siguiente amaneció sereno, y el mar, algo agitado todavía, fue calmándose poco á poco. Nos era el viento favorable y adelantábamos unas ocho millas por hora. Los delfines jugueteaban á corto trecho, y por todas partes se levantaban peces voladores, algunos de los cuales venían á caer á nuestro lado.

Por la tarde empezamos á distinguir buques que llevaban nuestra misma dirección y otros anclados á lo lejos. El capitán me dijo que nuestro viaje había concluido, y en efecto, al anochecer fondeamos en la rada de Matamoros, en la parte más al Norte de sus aguas y á gran distancia de los otros buques, todos los cuales conservaban entre sí un respetable espacio, por los motivos que voy á indicar. La rada de Matamoros es más bien una playa sin abrigo de ninguna especie, y reinan con frecuencia violentos nortes que hacen garrear las embarcaciones á pesar de las anclas, precipitándolas unas sobre otras; sucede á menudo que para evitar una embestida, el buque amenazado suelta las cadenas y se hace á la vela, pues de lo contrario la resaca le arrojaría sobre la costa.

La rada está situada en la desembocadura del Río Grande ó del Norte, que divide los Estados Unidos y el hoy imperio mejicano. Como casi todos los que desaguan en el golfo de Méjico, es el río Grande, impenetrable la mayor parte del año á causa de su barra, que apenas cala cuatro pies cuando se halla más practicable, siendo tan violenta la rompiente de las olas á las menores oscilaciones del mar, que los marinos del país no se aventuran á pasarla. Escusado es añadir, que los buques verifican su descarga ó cargamento desde fue-

ra, valiéndose de pequeñas balandras destinadas al efecto, las cuales suelen hacer varios viajes en los días bonancibles, no sin experimentar muchos percances al atravesar aquella traidora barra.

(Se continuará.)

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

DON JUAN BAUTISTA ANTEQUERA,

CAPITÁN DE NAVIO Y COMANDANTE DE LA FRAGATA BLINDADA «NUMANCIA.»

Continuando en nuestro propósito de dar los retratos y reseñas biográficas de los jefes de la escuadra española del Pacífico, que más se han distinguido en los acontecimientos á que ha dado lugar la guerra contra Chile y el Perú, insertamos las breves líneas que siguen, referentes al digno comandante de la *Numancia*.

Nació don Juan Bautista Antequera en Tenerife en 1.º de junio de 1823. En octubre de 1838, sentó plaza de guardia marina, y navegó sucesivamente en la fragata *Isabel II* y bergantines *Héro* y *Pluton*, volviendo á trasbordar al *Héro* para desempeñar cruceros y comisiones. En 1843, ascendió á guardia marina de primera clase, trasbordó al vapor *Isabel II* y de éste al bergantín *Manzanares*, navegando en dichos buques por las costas del Mediterráneo. En marzo de 1844, ascendió á alférez de navío, y después de desempeñar interinamente el destino de Ayudante de la Mayoría general del departamento de Cádiz, se embarcó en el bergantín *Héro* y partió para Montevideo, regresando luego á Cádiz y teniendo interinamente á su cargo la dirección de las obras de la corbeta *Vénus*. En 1847, tomó el mando interino del falucho *Lince* y desempeñó cruceros sobre Cádiz, Almería, Málaga y otros puntos. En 1850, siendo ya teniente de navío, trabajó en la secretaría de la Dirección general de la Armada, en clase de oficial auxiliar, hasta que se embarcó en la corbeta *Mazarredo*; de ésta pasó al pailebot *Gaditano*, y después fue destinado al apostadero de la Habana, donde se embarcó en la fragata *Esperanza*, como oficial de órdenes del comandante de aquellas fuerzas navales. En agosto de 1851, tomó accidentalmente el mando del vapor mercante *Habanero*, al servicio de la Armada, durante las operaciones que tuvieron lugar con motivo de la invasión de Lopez, y en 1.º de setiembre se restituyó á la espresada fragata, donde continuó hasta su regreso á la Península, para volver á salir á la Habana, en cuyo punto se encargó del mando del bergantín *Galiano*; en este buque salió á cruzar, y continuó en él hasta agosto de 1857, en que desembarcó, volviéndose á la Península.

Una vez en España, se encargó del destino de tercer secretario de la Dirección general de la Armada, ocupando posteriormente la plaza de segundo secretario de la Junta Consultiva y luego de primero con carácter de interino.

En marzo de 1859, ascendió á capitán de fragata y tomó en Cádiz el mando de la corbeta *Villa de Bilbao*, en la cual siguió navegando y con la que formó parte de la escuadra de operaciones de África durante la guerra con Marruecos. Por real orden de 5 de abril de 1860, se le concedió el empleo de coronel de infantería, en recompensa de los servicios prestados durante la guerra de África, á la cual asistió, mandando la espresada corbeta, y hallándose en los combates que las fuerzas navales de España sostuvieron en Río-Martin, Larache y Arcilla. En 1862, fue nombrado capitán del puerto de Matanzas, de cuyo cargo se posesionó, desempeñándolo hasta que cesó por cumplido, y regresó á la Península: entonces se le confirió el mando del vapor *Blasco de Garay*; pero á petición suya, le fue permutado por la segunda comandancia de la fragata blindada *Numancia*, destinada á las costas del Pacífico, para las cuales salió dicho buque en 4 de febrero de 1865.

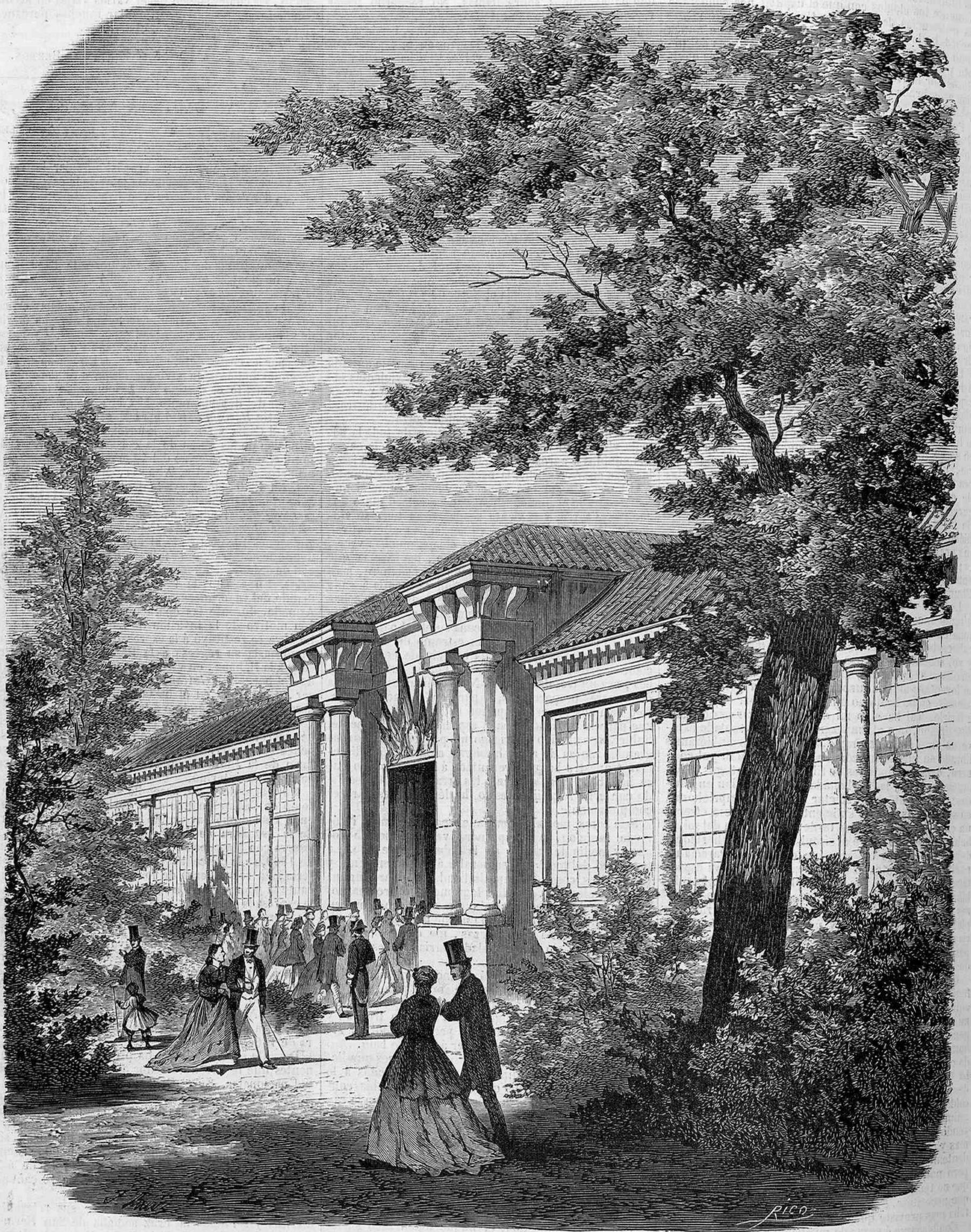
Durante esta expedición ha prestado servicios eminentes que le hacen acreedor al aplauso y á la gratitud nacionales. En el Callao, la *Numancia*, con la *Blanca* y la *Resolución*, formaba la primera división encargada de atacar las baterías formidables del S., compuestas, como es sabido, de las de Santa Rosa con una torre blindada con dos cañones giratorios, sistema Armstrong, de 300 libras, 2 id de 500, sistema Blakely; 20 id. de 68 ó 20 centímetros; 18 de á 32 ó 16 centímetros, y otras más al O. de 10 cañones de 68 ó 20 centímetros.

Este distinguido marino tiene por sus relevantes méritos y servicios la cruz sencilla de San Hermenegildo; la de la Marina; la de San Fernando de primera clase; la de Carlos III y la medalla de África.

ESPOSICION CIENTIFICA DEL PACIFICO (1).

Todo Madrid ha visitado esta esposición. Situada en el Jardín Botánico, un público numeroso, com-

(1) Circunstancias independientes de nuestra voluntad, nos han impedido publicar hasta hoy la curiosísima reseña que verán nuestros lectores, la cual, sin embargo, conserva todo su interés, tanto



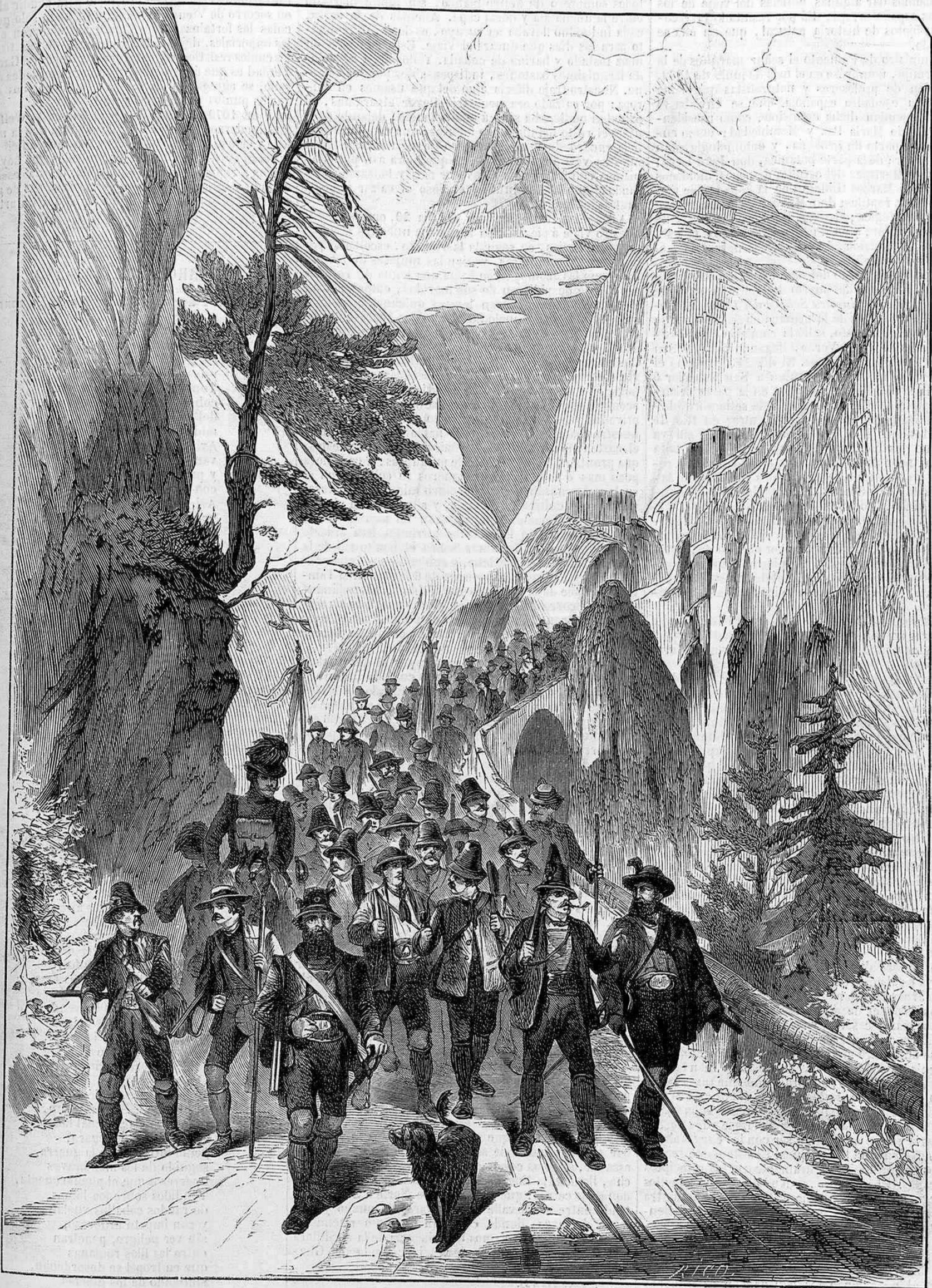
JARDIN BOTÁNICO.—ENTRADA Á LA ESPOSICION CIENTÍFICA DEL PACÍFICO.

puesto de las diferentes clases de la sociedad, ha recorrido los departamentos en que se halla dividida, recreándose en la contemplación de las maravillas y cu-

porque los objetos traídos por los intrépidos y entendidos expedicionarios aun se hallan espuestos, cuanto por la viveza, naturalidad y sencillez de la narración, escrita, según se echa de ver, en los mismos lugares recorridos en el momento de recorrerlos.

riosidades naturales allí depositadas. Bien, es verdad, que el sitio no podía ser mas á propósito. Junto al paseo de carruajes de la aristocracia madrileña, al extremo puede casi decirse de las calles de Alcalá, Atocha y Carrera de San Gerónimo, todo el pueblo podía encaminarse á los paseos de costumbre, y al mismo tiempo recrearse en una esposicion pública.

En el fondo del Jardin Botánico, entre los parques deliciosos que se extienden en medio de la escuela Botánica y de la estufa de plantas ecuatoriales, se destacaba aislado y coronado de mil banderolas diversas, el edificio de las estufas antiguas, con la cátedra en el centro, local habilitado para encerrar las riquezas que de los tres reinos de la naturaleza trajeron nuestros co-



TIROLESES MARCHANDO AL COMPAS DE CANCIONES DE GUERRA.

misionados científicos. El sitio, repetimos, no podía ni debía ser otro. No podía ser otro, porque ningún otro edificio del gobierno contaba con dos salones inmensos, ya casi preparados, como los del Jardín Botánico: no debía ser otro, porque en ninguna parte como en el Jardín Botánico, entre las estatuas

de nuestros naturalistas más célebres, y junto a la escuela en donde saborearon las delicias de las ciencias naturales muchos sabios españoles, debía levantarse el templo para los objetos traídos del Pacífico.

Estas mismas consideraciones tendría presentes sin duda, el señor marqués de la Vega de Armijo, minis-

tro de Fomento, que dispuso el viaje científico, y después la exposición pública, para escoger el Jardín Botánico, habiendo examinado previamente otros diversos edificios públicos. Pero antes de penetrar en la exposición, antes de reseñar los objetos más preciosos que la componen, porque la exposición existe todavía

en pie, debemos dar algunas noticias del viaje de los naturalistas españoles, que dió por resultado la recolección de objetos de historia natural, que en ella se han exhibido.

Siendo ministro de Fomento el señor marqués de la Vega de Armijo, nombróse en el mes de junio de 1862, una comisión de profesores y naturalistas que debía acompañar la escuadra española que se enviaba al Pacífico. Componían dicha comisión, como presidente, don Patricio María Paz y Membredad; como encargado de la parte de geología, y entomología, don Fernando Amor; de la parte botánica, don Juan Isern; don Francisco Martínez del estudio de peces, moluscos y zoófitos; don Marcos Gimenez de la Espada, de mamíferos, aves y reptiles; don Manuel de Almagro, de la parte antropológica; el señor Puig, con carácter de ayudante disecador; y en fin, para que nada faltase, completaba la comisión, con los útiles necesarios, el señor Castro y Ordoñez.

A las cinco de la tarde del mes de agosto del propio año, salía la comisión del puerto de Cádiz, á bordo de la fragata de guerra, *Nuestra Señora del Triunfo*, fundeando el 14 á las tres de la mañana en Santa Cruz de Tenerife. El 17 de agosto, salió la comisión con dirección á las islas de Cabo Verde, llegando á la de San Vicente el 22 del mismo mes. El día 24, continuó el viaje, llegando el 9 de setiembre á San Salvador ó Bahía de Todos los Santos, situada en la parte oriental del Imperio del Brasil. El día 26 de setiembre, dejaron esta importante ciudad para entrar en Río de Janeiro á las doce del día 6 de octubre. Desde allí ya comenzaron los comisionados sus trabajos con toda insistencia, reunidos unas veces y otras separados, recorriendo y estudiando los territorios del Río de Janeiro, Isla de Santa Catalina, San Pedro de Rio Grande, Montevideo, Río de la Plata, Rosario, Córdoba, Mendoza, Valparaiso, Coquimbo, Copiapó, Cobija, Arica, Lima, Quito y una porción de sitios intermedios, rodeando otros de los individuos por el Cabo de Hornos y Estrecho de Magallanes, y reuniendo todos un conjunto de objetos de historia natural del Brasil, Buenos Aires, Perú, Chile y otras repúblicas hispano-americanas.

Algunas veces el destino de la escuadra les impedía desembarcar en todas partes, pero otras pudieron permanecer días y meses en el interior de la América meridional.

Es sumamente interesante la lectura que de la descripción de estos viajes se ha publicado recientemente; pero como nuestro objeto no es más que llamar la atención sobre la exposición que todos hemos admirado, no podremos tomar muchos de sus estensos detalles; sin embargo, para que se forme una idea más aproximada de lo que nuestros naturalistas han tenido que sufrir para coronar su empresa de feliz éxito, transcribiremos varios fragmentos del diario de uno de estos naturalistas, cuando hacían el gran viaje al través del continente Sur-americano. Entonces quedaban ya reducidos á cuatro los individuos de la comisión. El señor Paz no permaneció en América tanto tiempo, Amor había fallecido en California, Castro, fotógrafo, y Puig, ayudante disecador, habían regresado á Europa. Solo quedaban Isern, Espada, Martínez y Almagro. Oigamos cómo este último refiere varias de las peripecias de la expedición que hizo con don Juan Isern, atravesando la América del Sur, desde el Pacífico hasta el Atlántico.

20 de febrero de 1863.—La del alba aun no era, cuando ya estábamos en pie, y pronto la aurora pudo contemplarnos arreglando nuestras cargas y personas; podíamos disponer de diez indios, que debían llevar los objetos más necesarios y viveres para el viaje; pues, dicho sea de paso, en el camino que íbamos á emprender no se encuentra ningún recurso. A poco rato, pedimos al teniente político los cargueros. Le oí mandar que los sacaran de la cárcel, admirándonos que tanta gente honrada estuviera en ese lugar; pero él nos explicó que así era necesario para evitar la deserción, aconsejándome al mismo tiempo que les amenazase cada noche, si no quería verme espuesto á ser con las cargas abandonado en medio de los bosques. El sistema de reclutar indios, no armoniza seguramente con los principios republicanos. El gobierno, cuando necesita aquellos para cargueros, para componer calles ó cualquiera otra cosa, envía una orden á los tenientes políticos, diciéndole que tomen tal número de ellos. Como la experiencia ha demostrado que voluntariamente ninguno se prestaría á trabajar, el teniente los sorprende en sus chozas, los lleva á la cárcel, y frecuentemente atados los dirige al lugar donde los han pedido. El gobierno los paga á razón de medio real diario, con cuyo jornal tienen que mantenerse. Gracias á una orden del gobierno, obtuvimos indios por ese sistema, los cargamos con tres arrobas cada uno, les pagamos 30 reales vellón y 2 más por individuo para su alimento de todo el viaje, que para ellos sería de siete días. Esta paga era espléndida, comparada con las acostumbradas, y nos ayudarían en el camino.

El traje de nuestros cargueros indios de Tumbaco era el mismo: pie desnudo, calzoncillo de algodón amarillizo hasta medio muslo, poncho de lana con franjas blancas y negras, algunos llevaban camisa, y

todos sombrero de fieltro blanco, sin límite marcado entre la ancha ala y corta copa. Además de la carga, cada individuo llevaba su *cucayo*, es decir, su alimento para los días que durara el viaje. Este consistía en maíz tostado y harina de cebada. Todos iban armados de larguísimo bastones, indispensables para el camino. Nuestro traje difería algo del que usamos en Europa: por calzado era necesario llevar alpargatas, el pantalón no llegaba sino á medio muslo, dejando desnudo el resto del miembro inferior; una camisa de franela encarnada y un sombrero de paja completaban nuestro vestido. Era necesario que fuera así, pues debíamos con frecuencia atravesar ríos y lodazales profundos, que hacían inútil y enojoso el calzar botas y pantalones largos.

A las diez de la mañana del día 20, emprendimos nuestro viaje á pie: abrían la marcha nuestros criados, luego los indios, en seguida Isern y yo, escoltados por los perros. Poco detrás, venían las mujeres de los indios, que los acompañaron hasta una legua de Tumbaco: allí se despidieron de sus maridos, entonando un coro de lamentaciones en lengua quichua, con entonación particular y melodiosa, que nos hacía sentir no poder escribir las tristes canciones que pronunciaban: abundantes lágrimas brotaron de sus ojos, que contrastaban con la impassibilidad de los hombres, en cuyos rostros el fisiomista más perspicaz no hubiera notado la menor tristeza ó alegría. Esta despedida, acompañada de cantos, duró cerca de quince minutos; privados ya de esa parte del bello sexo, proseguimos nuestra marcha. Un solo indio hablaba, aunque mal, el castellano, y era tan lacónico en sus respuestas, que pronto cesamos de hacerle preguntas: á cada hora poco más ó menos, los cargueros se echaban en el suelo y descansaban cuatro ó cinco minutos. Atravesamos campos cultivados de maíz, y algunos, sin ningún cultivo ni vegetación, presentaban un piso de caliza muy compacta, en la cual los torrentes han abierto profundos surcos. Pasamos sobre el bonito río de la Alcantarilla, el de Itucalche, y subiendo continuamente, terminamos nuestra jornada de 6 leguas en el Tumbo miserable de la hacienda del Tablon, hospedándonos en un corredor abierto, en el que nuestros criados nos prepararon el indispensable alimento. Los indios se colocaron al raso, y nos cambiaron por media botella de aguardiente la promesa de no fugarse.

El 21 de febrero comenzaba á rayar el día cuando nos levantamos, y nuestro primer cuidado fue averiguar si alguno de los indios se había fugado: este temor era tanto más fundado á causa de ser en breve las fiestas de Carnaval, que celebran ellos con mucho entusiasmo, disfraces grotescos, bailes tristes y espantosas borracheras. Ninguno se había fugado, y juntos emprendieron la jornada, seguidos de nosotros. Por una hermosa pradera llegamos á la quesera de la hacienda, á tiempo que ordeñaban las vacas; con la mejor voluntad, y por señas, nos ofreció una india un pilche (1) de leche, que aceptamos con placer. La mañana estaba fría, y á medida que subíamos, el cielo se cubría de niebla, nubes y una llovizna, llamada páramo, nos molestaba algo, pero no lo extrañábamos: ya sabíamos por experiencia que en las alturas siempre se encuentra de esta. Todo el cultivo desapareció; los quisueros, árbol propio de estas frias regiones, comenzaban ya, mostrándonos su acolchonada corteza, destinada á abrigar sus tallos. El piso era de arcilla resbaladiza, y algunas raíces prestaban el mejor apoyo á nuestros pies: la subida comenzaba á ser muy pendiente; la chuquiragua (2) nos indicaba la altura en que estábamos; el cielo continuaba encapotado y la lluvia se hacía más incómoda. Cerca de las once, encontramos nuestros indios, que almorzaban su maíz, resguardados del viento por una zanja natural; los instamos, y era triste ver la avidez con que recogían las migas de galleta que se nos caían y el pellejo del salchichón, que tirábamos. Cerca de una hora duró nuestro descanso y almuerzo. El día abonanzó algo, aunque el sol no se descubría; cazamos algunas aves, que disecamos inmediatamente, herborizamos, perdiendo un tiempo que pronto conocimos lo precioso que era. Acabamos de subir un primer y prolongado escalón, que nos condujo á una llanura larga y estrecha, llamada la Encañada por estar situada en dos cordones de cerros, que se dirigen de Norte á Sur, limitando entre sí un valle de 500 varas de ancho y una legua de largo, donde corre un hermoso riachuelo. Hacia la izquierda veíamos la eminencia de la cordillera que íbamos á doblar, es decir, la cuchilla del Guamani.

(Se continuará).

TIROLESES EN MARCHA.

Después de la desastrosa batalla de Koniggratz y de la cesión del Véneto á Francia, las tropas austriacas se

(1) Llámase así la corteza leñosa de un fruto de América. En otras partes de ese continente la llaman jícaras totumas, pates, cuyas, etc. Las emplean para beber y demás usos que damos á las tazas.

(2) Planta de la familia de las compuestas, y que sólo crece á más de 10,000 pies sobre el nivel del mar.—Es anti-febrífuga.

retiraron de este último territorio para acudir al Norte en socorro de Viena amenazada, dejando solo guarnecidas las fortalezas. Igualmente abandonaron el Tirol imperiales, dejándolo á la defensa de sus tiroleses, los cuales resistieron con valor á las tropas de Garibaldi. Verdad es que á las pintorescas escabrosidades del terreno, se agregaban las muchas fortificaciones que en varios puntos lo cubren, y de las que la más antigua data de 1079, levantada por el duque de Welf, y las más modernas son de 1846; de manera que la naturaleza y el arte han hecho de consuno muy difícil su entrada al enemigo. Uno de los grabados que hoy publicamos, representa una compañía de tiroleses marchando alegremente al compás de canciones de guerra, y está tomado de un croquis debido á un artista de aquel país.

DERROTA DE MANCINO.

(DEL LIBRO INÉDITO *El Romancero de Numancia*.)

Frente á frente y silenciosos un instante se contemplan los guerreros de Mancino y los indomables celtas. Tomando aliento los unos, cobrando los otros fuerzas, del valle la ancha planicie miden con la vista atenta. Avanzando poco á poco van los nuestros con cautela, y parados los contrarios con serenidad esperan. Así se van acercando y así la distancia estrechan: una señal, y el ataque en breve vereis que empieza. ¡Hé'os ya! de las bocinas perciben las notas huecas, y á la pelea se lanzan rugiendo como panteras. Y el estruendo de las armas que al choque crugiendo suenan, los gritos de los que avanzan y saltan y se atropellan, los denuestos y alaridos de los que muerden la tierra, todo revuelto y confuso en breve instante se observa. Y siguen roncas sonando las heridas trompas bélicas, y á sus dilatados ecos que zumban en las cavernas, esforzados combatientes por los riscos se descuelgan, y en todas las direcciones la muerte y espanto siembran. Y es la obstinación sañuda, y cada vez más tremendas las embestidas sucedense entre romanos y celtas. Silbando cruzan los aires las javalinas y flechas, y las cotas y lorigas se ven rotas y sangrientas. Por el suelo los escudos, quebradas las lanzas gruesas, acuden á los puñales, haciendo así más horribles las descargas y los golpes y el furor que les inquieta. Récia la lucha prosigue, sin dar al cansancio tregua, sin que la victoria logren en la bárbara refriega ni los que hábiles resisten, ni los que atacan cual fieras. Mas allá viene Megara, genio intrépido en la guerra, seguido de los más bravos guerreros que el pueblo cuenta. Tendidos sobre los lomos de raudos caballos vuelan, y con ímpetu ardoroso, sin ver peligro, penetran entre las filas romanas que en tropel se desordenan, sintiendo de los ginetes la arremetida tremenda. ¡Victoria! ya las legiones, con mudo terror dispersas, se doblegan al impulso de los que en la lidia tercián blandiendo el lanzón pesado, clavando la fina espuela, en los fatigados potros que ardientes caracolean y dan botes y relinchan y sobre los muertos vuelan. ¡Oh! ¡qué bien al bardo amigo

y al vaticinio que hiciera,
le contestan sus hermanos
en la ardorosa refriega!
«Herid, herid, y adelante,
no hagáis mentir á mi lengua!
¡Retógenes, Carabino,
Fogom y tú, ardiente Terma,
la de arrogante hermosura,
la mas valerosa hembra
que en los anales gloriosos
de Numancia se celebra!
¡Heróicos campeadores,
los intrépidos atletas
Ambon, Lintebon y Haruco,
no le deis al brazo treguas!
¡Volad, numantinos todos,
pues Megara al triunfo os lleva
en pos de los legionarios
que de resistiros cejan,
y ya de espanto y fatiga
apenas corren ni alientan!
Mirad cómo temerosos
buscan abrigo en las peñas,
último baluarte en donde
pretenden cubrir su afrenta.
¡Guerreros, sús! otro empuje
y vuestra victoria es cierta;
avanzad, que ya el romano
mira su esperanza muerta.»

A. P. RIOJA.

Al incorporarse el Hannover y las ciudades anseáticas, Brema y Hamburgo, á Prusia, esta nacion refuerza considerablemente su marina. Hamburgo es actualmente el primer puerto de todo el continente europeo; esta ciudad comercial ocupa el tercer lugar en Europa, inmediatamente despues de Lóndres y Liverpool. Por la estension y la importancia de su comercio, aventaja á todos los demás puertos marítimos; importa y esporta mas que toda la Holanda, ó toda la Bélgica, ó toda España. Hamburgo tiene unos quinientos buques, entre los cuales hay varios con coraza, y entran y salen cada año de su puerto de cinco á seis mil. La ciudad de Brema ha extendido tambien su comercio á todas las partes del mundo; despues de Hamburgo, es la ciudad que posee mas rica y mejor marina mercante de Alemania. A últimos de 1860 los navieros de Brema contaban con doscientos cincuenta y siete buques, entre ellos ocho vapores de hélice y sesenta y siete fragatas. Cerca de tres mil buques acuden anualmente al puerto de Brema.

La marina mercante de Hannover contaba en 1859 ochocientos veinte y cuatro buques de gran porte, dos mil sesenta y un buques para la navegacion fluvial, y diez y seis vapores. Con la anexion de Hamburgo y Brema, la Prusia ha ganado, pues, de mil quinientos á mil seiscientos buques, que en adelante surcarán los mares con bandera prusiana. Añádase á esto la marina propia y la del Schleswig-Holstein. Estos dos ducados proporcionan los mejores marineros: su incorporacion es, por lo tanto, de la mayor importancia para el desenvolvimiento del poder marítimo prusiano.

Un periódico aleman publica la curiosa lista de los soberanos que, perdida su corona, se hallan hoy dia lejos de su patria. Figuran en ella Enrique V, ó conde de Chambord; el duque de Brunswick; don Miguel de Portugal; los príncipes de Orleans; los príncipes Leopoldo y Fernando de Parma, el rey de Nápoles y todos sus hermanos; Othon, de Grecia; el príncipe Couza; el rey Jorge, de Hannover; el duque de Nassau; el príncipe Federico Guillermo, de Hesse; el rey de Rumania, que aun está en Viena, sin contar con Abb-el-Kader y otros muchos soberanos de Africa y Asia.

SOLIDEZ DE LAS MADERAS DE CONSTRUCCION.

Héla aquí espresada en números redondos y proporcionales:

Olmo.	1077
Corpe.	1034
Haya.	1032
Encina.	1022
Castaño.	957
Castaño de Indias.	951
Abeto.	918
Nogal.	900
Sauce.	850
Plátano de Oriente.	773
Tilo.	750
Plamo de Italia.	585

Resulta, pues, que una viga de olmo podrá sostener, sin romperse, cerca de dos veces mas peso que otra de plamo de Italia, del mismo diámetro cuadrado.

El vice-almirante vizconde de Chabannes Curton ha inventado un nuevo sistema de torpedos submarinos. Los ensayos, que han sido muy satisfactorios, se han verificado en Castigneau, ante el general Frossard, inspector del cuerpo de ingenieros de la Armada. Dos torpedos del tamaño de una botella, ordinaria levantan y echaron á fondo una barca.

Mr. Guillemin, célebre astrónomo francés, dice que una máquina de ferro-carril, con velocidad de 30 millas por hora, emplearia algo mas de 347 años para correrla; de modo que un convoy que hubiera salido el 1.º de enero de 1866, no llegaria á su destino hasta el año 2213.

HALEWA.

(CONTINUACION.)

XIV.

La maldicion de Sayda-Kinza, despertó á Aben-Hamar de su letargo.

Era otro hombre; su corazon latia á impulsos de un amor puro como la luz, y en su mente veia hermosa como la inocencia, la figura de la sin par Halewa.

La sultana, el caballo mágico, los etiopes, todo le parecia un sueño.

XV.

La luz de la luna, que habia vuelto á irradiar esplendorosa, le demostró la realidad de lo sucedido.

Aben-Hamar se hallaba en las soledades del Asia, junto á las márgenes del Lago de la Muerte (1).

El infeliz se acordó de la sortija de esmeralda que le habia dado aquella misma tarde el mago, é invocó con ella á los espíritus para que le trasladasen al lugar en que su Halewa se encontrara.

Mas nadie respondió á la invocacion del talisman, percibiéndose tan sólo allá á lo lejos, una voz débil, triste como el dolor, que repetia:

—Sé virtuoso, porque los pecados degeneran al hombre; sé fiel á Halewa, porque tu infidelidad será su muerte.

El poeta reconoció su falta, y despues de llorarla y de fortificar con la oracion su espíritu debilitado, se lanzó en busca de un aduar, donde reposar aquella noche.

Pero inútilmente, porque ni encontró senda, ni halló caminante alguno, ni descubrió ninguna luz que le indicase la existencia de un aduar vecino.

Por fin el cansancio se apoderó de su cuerpo. Y se sintió desfallecer, sin aliento para continuar caminando.

Aben-Hamar, rendido, fatigado, sin poder dar un paso hácia adelante, se recostó sobre una piedra.

Y allí, los genios de las sombras, le adurmieron, mostrándole á los ojos del alma lo siguiente:

III.

EL SUEÑO DE ABEN-HAMAR.

I.

En uno de los espaciosos retretes del alcázar de Medina-Zahara, cuyas alfombras deslumbraban con sus caprichosos cambiantes, y de cuyo techo, incrustado de ébano y de nácar, pendían lámparas de alabastro, que lanzaban sus fantasmagóricos resplandores sobre paredes entapizadas de brocados incomparables; allí, donde pájaros canoros trinaban prisioneros en jaulas de marfil, y flores contenidas en primorosos vasos de ágata, desprendian suavísima fragancia para enlanguidecer en célicos ensueños los sentidos; reclinada sobre un divan de Persia, suspiraba de amor la hurí de las huries de las esclavas del imperio.

En vano seis hermosas esclavas, vestidas con sus mas lujosos atavíos, cantaban al son de sus tiorbas y dulzainas para alejar las sombras del espíritu de la cautiva.

Porque los armoniosos ecos no hacian sino evocar tristes recuerdos en la mente de la que dos lunas hacia lloraba sin consuelo la ausencia del trovador de sus hechizos.

Hasta entonces las protestas y los juramentos la habian podido librar de las asechanzas del califa.

Mas Alhakem, cansado de esperar, habia decididamente resuelto hacerla suya; y aquella noche era preciso elegir entre la muerte ó la deshonra.

Y como se acercaba el instante de la llegada del emir,

Y Aben-Hamar no parecia, Por eso en el corazon de la virgen moraba la pena mas cruel, y lágrimas de fuego escaldaban del modo mas horrible sus mejillas.

(1) El Mar Muerto. Segun una tradicion hebrea, este mar se formó sobre las ruinas de Sodoma y Gomorra con la lluvia de azufre y fuego, que el cielo indignado lanzó sobre aquellas ciudades.

II.

Aben-Hamar, muda la lengua, sujeto en castigo de su pecado al pie del divan, por una cadena de eslabones inquebrantables, veia las lágrimas de Halewa, escuchaba sus ayes, y padecia el tormento mas espantoso, inventado por el genio de los profundos.

Porque intentaba hablar, y las ondas del aire se negaban á transmitir su voz.

Quería moverse, y la cadena se lo impedia.

Y si á veces su mano tocaba la de la doncella, ésta era insensible, completamente insensible á su adorado, á quien habia hecho invisible el talisman de la vengativa.

La cual, igualmente invisible á Halewa, lánguidos los ojos, la boca suspirante, encantadora como una de las cuatro mujeres perfectas que dió á la tierra el Criador (1), y apasionada como en ninguna otra ocasion, estrechaba en sus brazos al poeta, y le repetia de continuo al oido, con voz mas dulce que los gorgoros de la alondra:

—Ven, lucero mio, yo soy Kinza, la que te conoció en Medina-Zahara, y te amó antes de conocerte. Ven, vida de mi vida, y gozarás luego, por siempre, de las gracias de la elegida de tu alma.

Pero Aben-Hamar apartaba de sí á la sultana, la maldecia, y fortalecido por la oracion, pronunciando el nombre de Alláh el Omnipotente, invocaba el amparo de Saulgalib para que devolviera su poder á la sortija de esmeralda.

III.

De pronto se abrió la puerta del retrete.

Y apareció bajo su dintel un hombre envuelto en un jaike blanco, cubierta con el capuz la cabeza.

El musulman deshizo el embozo del jaike, y echándose atrás el capuz, avanzó con aire imperioso hasta la esclava.

Era el príncipe Alhakem-ben-Abderrahman-ben-Mahomed-ben-Abdalláh (¡sea con él la paz del Altísimo!)

Vestia un finísimo *caftan* (2) azul de Cachemira, con botonadura de diamantes, y un magnífico yatagan de Damasco pendia de su cintura.

Gallardo de apostura, de frente espaciosa, de ojos azules y brillantes, su boca era voluptuosa y expresiva, y rizada y rubia la barba de su rostro, blanco como el armiño y animado constantemente por el signo de la pasion mas vehemente.

Apenas le reconocieron las esclavas, abandonando con precipitacion sus taburetes, huyeron con sus dulzainas y tiorbas por una de las puertas secretas.

Entonces Alhakem, arrastrado por el poder de Eblis, fijó su mirada lúbrica en la doncella.

A cuya mirada, Aben-Hamar, invisible, rugió como un leon.

Estremeciése Halewa cual al soplo abrasador del Simum la débil palmera del desierto.

Y una sonrisa de gozo inexplicable, dilató la boca de Kinza, que continuaba atormentando sin cesar al poeta con palabras de amor nunca oidas.

IV.

—El Dios de Ismael sea con la azucena de Medina-Zahara—dijo el emir, aproximándose cada vez mas á Halewa, que de pie, clavada la vista en el suelo, no se atrevia á mirar á su dueño.

Halewa no contestó.

—¿Tan desgraciado es el príncipe de los creyentes que no merezca ver los resplandores de los ojos de la que consiguió esclavizarle con el tesoro de sus gracias? Dos lunas han pasado por los alcázares del tiempo desde que el judío Acab te condujo á este sitio y ni una sola palabra de amor he podido arrancar á tus labios. ¿Qué han ambicionado los deseos de mi gacela que no haya satisfecho el poder de su califa? Martirizando mi corazon he respetado tus juramentos de dos lunas; pero estaba escrito; y las sombras han extendido su manto por la tierra para que Halewa sea del Príncipe de los creyentes.

—¡Jamás! ¡Jamás!—se atrevió á pronunciar con voz enérgica la virgen.

—¿No sabes que mi alma se abrasa en el fuego de tus encantos y que sin tu posesion la vida me es insoportable?

—Desgraciadamente lo sé—esclamó Halewa que al levantar espontáneamente sus lindisimos ojos azules, los posó en Alhakem de una manera tan graciosa que le hizo estremecer de gozo.

—¿Desgraciadamente dijiste?

—Sí.

—No comprendo.

—Dios no permitirá que la impureza una al hijo del grande Abderrahman con la hija de una nazarena.

—¿Ignoras acaso que mi buen padre era hijo de una adorada de la Cruz? (3) ¿No ha llegado á tus oidos

(1) Segun los orientales, estas cuatro mujeres son: la hija de Paron, la Virgen Maria, Cádiga, mujer de Mahoma y Fátimah, su hija.

(2) Especie de túnica estrecha á manera de sotana, con una hilera larga de botones.

(3) Histórico.

la noticia de los amores del gran emir con Sol la zamorana?

Un sudor frio envolvió la frente de la hermosa, al oír la revelacion que acababa de hacerla el califa.

—¿No permitirás—continuó aquel—que estampe un beso de amor en esa mano de marfil el que dirige los destinos del imperio y sin tí será el mas infeliz de los mortales?

—¡Nunca!
—Pídeme lo que quieras, lo que mas anhele tu deseo, mis esclavos, mis alcázares, mis tesoros, y todo te será concedido si correspondes á esta pasion que me devora.

Y Alhakem, como impulsado por un poder secreto, se llevó á los labios la torneada mano de la niña.

—¡Imposible!—gritó la esclava—separándose bruscamente.

—¡Imposible! ¿Y tan airadamente me lo dices? ¿Así corresponde la llamada Halewa al significado de su dulce nombre?

—Entre los dos se estiende un abismo insuperable.

V.

Los labios de Alhakem se contrajeron.

Sus ojos arrojaron fuego. El espíritu de Sayda-Kinza habia derramado toda la copa de la impureza en el corazon del apasionado, que se atrevió aun á preguntar:

—¿No olvidarás jamás á tu poeta?
—Le amaré mientras besen mi frente las auras de la vida.

—¿Sabes dónde se halla?
—Lo ignoro.

—¿Y la ausencia no disminuye tu pasion?

—La acrecienta.

VI.

Alhakem comenzó á pasearse á lo largo del aposento.

Rugia como un tigre. De pronto se detuvo y volviendo á coger una de las manos de su cautiva exclamó:

—¿No has considerado que estamos solos, completamente solos, y que me seria fácil alcanzar por la fuerza lo que no me permites de buen grado?

—Antes la muerte.
—Cuenta que nada en el mundo será capaz de contenerme.

Y el emir estrechó con mayor fuerza que antes á su esclava.

—¡Un instante! ¡Un... ins... tan... te!...
—¡Ya es tarde!



DON JUAN BAUTISTA ANTEQUERA, COMANDANTE DE LA FRAGATA «NUMANGIA.»

hiera sabido que habia nacido en cuna de princesa, nunca mis labios hubiesen descifrado el misterio de mi nacimiento.

—¿Por qué causa?
—Para que Alhakem no se opusiera á mi enlace con el poeta.
—¿Luego tan de veras le amas?
—¡Oh! Le amo como el sol al día, la palmera al sol y el viento á la palmera.

Alhakem quedó unos instantes meditando.

—No acierto á comprender—exclamó por fin—que tú seas mi hermana. Esclava del trovador, tus palabras son tan solamente la continuacion de tus protestas de dos lunas.

Y envuelto en las alas del ángel de la tentacion, volvió á estrechar contra su seno con mayor loco frenesí á la desventurada, gritando:

—Siento en mi pecho un fuego que me abrasa y no retrocederia aun cuando tuviera delante de mí el puente Sirat y las sombras del fuego eterno.

VII.

Aben-Hamar, atravesado el corazon por el agudo puñal de los celos, hizo un esfuerzo para romper los eslabones de la cadena, que le aprisionaba, y al cerciorarse de su impotencia, exhaló un nuevo grito, semejante al rugido del leon del Atlas, á quien tratan de arrebatarse la compañera.

Y Kinza, la vengativa Kinza, volvió á sonreirse con una sonrisa cruel, repugnante, sarcástica.

VIII.

Halewa creyó llegada la hora de apurar el recurso supremo, y fijo el pensamiento en su adorado, sacó un pequeño pomo de entre los pliegues de su túnica.

—¿Ves este pomo?—dijo mostrándosele al príncipe.

—Sí.
—En él mora mi muerte.

—¿Cómo encerrada aquí ha llegado á tu poder ese filtro!

—Pertenece á Acab, á quien se le sustraje la noche en que me obligó á trasladarme á este alcázar.

—¿Y cree la altiva esclava de mi harem,—replicó el emir con enojo,—que el pomo de Acab será bastante para apartarme de mi intento?

—No tal; que un hombre inspirado por la pasion, es un torrente, contra el cual, sólo el dedo de Jehová es poderoso.

(Se continuará.)

ABDON DE PAZ.

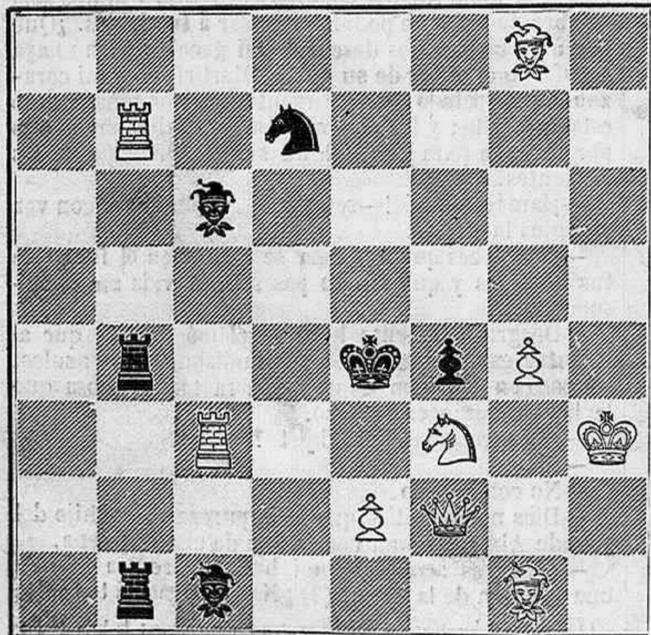
AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 64.

POR D. V. LOPEZ NAVALON.

DEDICADO Á D. ANDRÉS M. FERNANDEZ (DE GIJON).

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS DAN MATE EN DOS JUGADAS.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. 63.

Blancos.	Negros.
1. ^a T 8 C D jaq.	1. ^a R t T
2. ^a A 6 A D	2. ^a R 2 T D
3. ^a T 2 T D jaq.	3. ^a R 3 C D
4. ^a C 4 A D jaq.	4. ^a R 4 A D
5. ^a T 5 T D jaq. mate.	

SOLUCIONES EXACTAS.

Señores G. Dominguez, M. Lerroux y Lara, R. Canedo, E. Castro, J. Oller, J. Gonzalez, J. Alba, D. Garcia, J. Santo, E. Canedo, M. Zafra, de Madrid.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. XXXIII.

1. ^a A 4 T D	1. ^a R 4 D
2. ^a A 7 D	2. ^a R 3 R (1)
3. ^a P 4 A D jaq. mate.	

(1)

3.^a A 6 R jaq. mate. 2.^a R 5 A D

SOLUCIONES EXACTAS.

Señores F. Rodriguez, E. Canedo, R. Mora, M. Lerroux y Lara, B. Garcés, M. Zafra, G. Dominguez, J. Alba, D. Garcia, de Madrid.

PROBLEMA NUM. XXXIV.

POR DON M. FONTANA (DE LORCA).

Blancos.	Negros.
R 3 A D	R 4 D
A 7 C R	P 3 D
C 2 R	P 5 R
P 2 A R	P 4 R
P 3 C D	P 4 A D
P 5 C D	

Los blancos dan mate en tres jugadas.

GEROGLIFICO.



La solucion de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR. IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.